

STEPHEN
KING

EN LA
HIERBA
ALTA

JOE
HILL



Cal y Becky DeMuth son dos hermanos que mantienen una relación casi telepática, pues sus vidas han montado en el mismo tándem desde su nacimiento.

Cuando Becky se queda embarazada, decide marcharse a San Diego a casa de sus tíos hasta que nazca el bebé. La unión entre los hermanos es tan fuerte que Cal deja sus estudios para acompañarla y cruzar con ella el país en coche. Incluso planean juntos el futuro del niño.

Pero la casualidad intercede en el transcurso del viaje. Al mediodía realizan un alto en el camino junto a un campo de hierba altísima: Cal apaga la radio para tener un momento de calma, y Becky abre las ventanillas, sofocada por el calor. De haber sido de otra manera, nunca habrían oído la voz de auxilio de aquel niño atrapado en la espesura.

Deciden adentrarse en el campo y tomar sendas distintas para encontrar al niño cuanto antes. Por primera vez en su vida, los hermanos quedarán separados, aunque sea tan solo por unos metros de hierba. Sin embargo, nunca habían estado tan lejos.



Stephen King & Joe Hill

En la hierba alta

ePub r1.2

leandro03.12.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *In the Tall Grass*
Stephen King & Joe Hill, 2012
Traducción: Manu Viciano
Diseño de portada: Rex Bonomelli
Fotografía de la cubierta: D. Hurst/Alamy
Editor digital: leandro
ePub base r1.0

Él quería un rato de silencio en lugar de la radio, así que podría decirse que lo sucedido fue culpa suya. Ella quería un rato de aire fresco en lugar del aire acondicionado, así que podría decirse que fue de ella. Sin embargo, puesto que no habrían oído al niño sin que se dieran ambos factores, en realidad debería decirse que fue una combinación, lo que era muy propio de Cal y Becky, que habían funcionado en equipo durante toda su vida. Cal y Becky DeMuth, nacidos con diecinueve meses de diferencia. Sus padres los llamaban «Casi Gemelos».

«Becky coge el teléfono y Cal pregunta quién es», le gustaba decir al señor DeMuth.

«Cal piensa en dar una fiesta y Becky ya ha escrito la lista de invitados», le gustaba decir a la señora DeMuth.

Los hermanos nunca discutían, ni siquiera el día en que Becky, que por entonces vivía en un colegio mayor y estaba en el primer año de carrera, se presentó en el piso de estudiantes de Cal para contarle que estaba embarazada. Cal se lo tomó bien. ¿Sus padres? La noticia no les entusiasmó demasiado.

El piso de estudiantes de Cal estaba en Durham porque estudiaba en la Universidad de New Hampshire. Cuando dos años más tarde, Becky (que en aquel momento aún no estaba embarazada, aunque eso no significa que fuera virgen) eligió la misma facultad, a nadie le sorprendió en absoluto.

—Por lo menos, así él no tendrá que venir a casa todos los fines de semana para estar con ella —dijo la señora DeMuth.

—A lo mejor ahora estaremos un poco más tranquilos —dijo el señor DeMuth—. Después de veinte años, tanta fraternidad ya empezaba a cansar un poco.

Por supuesto, no lo hacían *todo* juntos, porque obviamente Cal no era responsable del bombo de su hermana. Y el plan de preguntar al tío Jim y a la tía Anne si podía ir a vivir con ellos una temporada, hasta que naciera el bebé, había sido solo de Becky. A sus padres, que se habían quedado estupefactos y aturcidos por los acontecimientos, les pareció una opción tan razonable como otra cualquiera. Y cuando Cal sugirió que él *también* podía tomarse el semestre de primavera libre para cruzar el país en coche juntos, el señor y la señora DeMuth no protestaron demasiado. Incluso aceptaron que Cal se quedara con Becky en San Diego hasta que naciera el bebé. Así Calvin podría buscarse algún trabajillo para colaborar con los gastos.

—Embarazada a los diecinueve —dijo la señora DeMuth.

—*Tú* te quedaste embarazada a los diecinueve —replicó el señor DeMuth.

—Sí, pero yo estaba *casa-da* —señaló la señora DeMuth.

—Y con un tipo estupendo —se sintió obligado a añadir el señor DeMuth.

Ella suspiró.

—Becky elegirá el primer nombre y Cal el segundo.

—O viceversa —dijo el señor DeMuth también con un suspiro de su esposa. (A veces, los matrimonios también se vuelven «Casi Gemelos».)

Un día, poco antes de que los hermanos se marcharan a la costa Oeste, la madre de Becky invitó a comer a su hija en un restaurante.

—¿Estás segura de que quieres dar al bebé en adopción? —le preguntó—. Ya sé que no tengo derecho a preguntártelo porque solo soy tu madre, pero a tu padre le ha entrado la curiosidad.

—Aún no lo sé —dijo Becky—. Cal me ayudará a decidirlo.

—¿Y qué hay del padre, cariño?

Becky puso cara de sorpresa.

—¡Bah!, no tiene ni voz ni voto. Resultó ser un imbécil.

La señora DeMuth suspiró.



II

Así fue como terminaron en Kansas, un día cálido y primaveral de abril, conduciendo un Mazda de ocho años con matrícula de New Hampshire en cuyos estribos aún quedaban restos de la sal de las carreteras de Nueva Inglaterra. Silencio en vez de la radio, ventanillas abiertas en vez del aire acondicionado. Por eso los dos oyeron la voz. Tenue pero clara.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Los hermanos se miraron asustados. Cal, que conducía, se detuvo en el arcén de inmediato. La arena repiqueteó contra los bajos del coche.

Antes de salir de Portsmouth habían decidido que no irían por la autopista de peaje. Cal quería ver el dragón Kaskaskia en Vandalia, Illinois, y Becky quería presentar sus respetos al ovillo de cuerda más grande del mundo en Cawker City, Kansas. Tras cumplir ambas misiones, los dos querían pasar por Roswell y visitar alguna de esas chorradas de extraterrestres. Ya se encontraban bastante al sur de la enorme madeja de cuerda, que habían encontrado hirsuta, aromática y, sin duda, más impresionante que lo que esperaban, y ahora conducían por la Ruta 73. Era una carretera asfaltada en dos direcciones y bien conservada, por la que terminarían de cruzar la llanura de Kansas hasta llegar a Colorado. Por delante quedaban kilómetros y kilómetros de carretera sin un solo coche ni camión a la vista. Atrás dejaban lo mismo.

En su lado de la carretera vieron unas pocas casas, una iglesia con tablones en las ventanas llamada La Roca Negra del Redentor (a Becky le pareció un nombre raro para una iglesia, pero al fin y al cabo estaban en Kansas) y una bolera en ruinas que parecía haber cerrado en la época en que los Trammpps incendiaron la música pop con su famosa canción «Disco Inferno». Al otro lado de la 73 no había más que hierba verde y alta, que se extendía hasta el horizonte.

—¿Eso ha sido un...? —empezó a decir Becky. Llevaba un chaquetón ligero con la cremallera medio subida hasta el vientre, que empezaba a abultarse. Estaba de seis meses largos.

Él levantó una mano sin mirarla. Observó la hierba.

—*Chis*. ¡Escucha!

Se oía música a lo lejos, procedente de una de las casas. Un perro soltó un triple ladrido (*bup-bup-bup*) y luego se hizo un silencio. Alguien daba martillazos a una tabla. Además, se oía el apagado murmullo de un viento constante. Becky cayó en la cuenta de que incluso podía ver el viento, que combaba la hierba al otro lado de la carretera. Provocaba unas ondas que recorrían la hierba desde donde estaban ellos hasta perderse en la lejanía.

Justo cuando Cal empezaba a pensar que en realidad no habían oído nada (tampoco sería la primera vez que imaginaban algo al mismo tiempo), se oyó un nuevo grito:

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor! —Y luego: —*¡Me he perdido!*

En esa ocasión la mirada que cruzaron fue de alarma. La hierba era increíblemente alta (el hecho de que un prado tan extenso hubiera crecido casi hasta los dos metros tan a principio de temporada era muy raro, aunque no repararon en ello hasta más tarde). Algún niño debía de haberse adentrado en la hierba, posiblemente para explorar un poco, casi con toda certeza procedente de alguna casa próxima a la carretera. Se habría desorientado y se habría ido internado cada vez más. A juzgar por la voz, debía de tener unos ocho años y, por lo tanto, era demasiado bajito para orientarse dando un salto.

—Deberíamos sacarlo de ahí —dijo Cal.

—Aparca en la iglesia. Mejor que el coche no se quede en el arcén.

Cal dejó a su hermana al borde de la carretera y se metió en un descampado que había frente a la iglesia del Redentor. Había varios coches aparcados, cubiertos de polvo y con los parabrisas, negros como escarabajos, reflejando la potente luz del sol. Que todos los coches salvo uno tuvieran aspecto de llevar allí días, si no semanas, era extraño, aunque en aquel momento fue algo que no captaron. Caerían más adelante.

Mientras Cal se quedaba en el coche, Becky cruzó al otro lado de la carretera. Se puso las manos alrededor de la boca para que se la oyera mejor y gritó:

—¡Chico! ¡Eh, chico! ¿Me oyes?

Al cabo de un momento, el chico respondió:

—¡Sí! ¡Ayúdame! ¡Llevo días aquí!

Becky, que sabía cómo era la noción del tiempo de los niños pequeños, supuso que quería decir que llevaba unos veinte minutos allí. Buscó un sendero de hierba rota o pisoteada por donde hubiera podido entrar el chico, seguramente mientras se inventaba algún ridículo videojuego o una película de acción en la selva, pero no encontró ninguno. No pasaba nada; Becky estimó que la voz procedía de su izquierda, más o menos a las diez de un reloj. Y no parecía estar muy adentro. Tenía sentido: si el chico se hubiera internado mucho en la hierba, no habrían podido oírlo ni siquiera con la radio apagada y las ventanillas abiertas.

Becky se disponía a descender por un terraplén hasta el límite de la hierba cuando oyó una segunda voz, esta vez de mujer, ronca y confusa. Parecía tener la aspereza de alguien que acaba de levantarse y necesita un poco de agua. Desesperadamente.

—¡No! —gritó la mujer—. ¡No entre! ¡Por favor! ¡Aléjese! ¡Tobin, deja de gritar! ¡Deja de gritar, cariño! ¡O te oirá él!

—¿Hola? —vociferó Becky—. ¿Qué ocurre?

Oyó que se cerraba la puerta de un coche a su espalda. Era Cal, que cruzaba hacia ella.

—¡Nos hemos perdido! —gritó el niño—. ¡Por favor! ¡Por favor, mi madre está herida! ¡Por favor! ¡Ayúdanos, por favor!

—¡No! —replicó la mujer—. ¡No, Tobin, no!

Becky se volvió para ver por qué Cal tardaba tanto.

Su hermano había recorrido unos metros en el aparcamiento y se había detenido ante lo que parecía un Prius de primera generación. Tenía el parabrisas completamente cubierto por una blanquecina y fina capa de polvo. Cal se encorvó un poco, se cubrió los ojos con las manos a modo de visera y miró por la ventanilla lateral, fijándose en algo que había en el asiento del copiloto. Frunció el ceño un momento y luego hizo una mueca, como si le hubiera picado un tábano.

—¡Por favor! —insistió el chico—. ¡Nos hemos perdido y no encuentro la carretera!

—¡Tobin! —empezó a decir la mujer, pero se le quebró la voz, quizá por la falta de saliva.

A menos que se tratara de una broma pesada, allí pasaba algo. Becky DeMuth no fue consciente de llevarse la mano hacia la curva de su abdomen, tenso y firme como una pelota de playa. Tampoco asoció la sensación que la invadía entonces con los sueños que la asediaban desde hacía casi dos meses; unos sueños en los que conducía de noche y de los que ni siquiera había hablado con Cal. En esos sueños también aparecía un niño gritando.

Becky se dejó caer terraplén abajo con dos grandes zancadas. Era más profundo de lo que parecía y, al llegar al fondo, comprendió que la hierba superaba por mucho los dos metros de altura, bastante más de lo que le había parecido al principio.

Notó una ráfaga de viento. La muralla de hierba se abombó y se retiró con la fluidez de una marea susurrante.

—¡No nos busque! —exclamó la mujer.

—¡Ayuda! —la contradijo el niño, gritando para tapar sus palabras... Y su voz parecía próxima. Becky le oía cerca, a su izquierda. No lo bastante cerca para estirar un brazo y sacarlo de allí, pero sin duda a menos de diez o doce metros de la carretera.

—¡Estoy cerca, chico! —le gritó Becky—. Sigue andando hacia mí. Casi estás en la carretera. Casi estás fuera.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡No te veo! —gritó el niño, su voz más cerca todavía. Las frases llegaron seguidas de una risa histérica y sollozante que dejó a Becky helada.

Cal dio un paso y resbaló por el terraplén, intentó derrapar al llegar abajo y casi se cayó de culo. La tierra estaba húmeda. Si Becky se había resistido a adentrarse en la densa hierba para coger al niño había sido porque no quería empaparse los pantalones cortos. Una hierba tan alta contendría suficientes gotitas brillantes para llenar un pequeño estanque de agua.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cal.

—Hay una mujer con él —dijo Becky—. Dice cosas extrañas.

—¿Dónde estáis? —sollozó el chico casi farfullando desde apenas un par de metros más adentro. Becky buscó un atisbo de sus pantalones o de su camiseta, pero no vio nada. El niño se encontraba demasiado adentro para verlo—. ¿Vais a venir? ¡Por favor! ¡No encuentro la salida!

—¡Tobin! —gritó la madre, con voz distante y forzada—. ¡Tobin, basta!

—Aguanta, chico —dijo Cal mientras se adentraba en la hierba—. ¡Capitán Cal al rescate! ¡Tatachán!

Becky ya había sacado su teléfono móvil y lo sostenía en una mano mientras se disponía a preguntarle a Cal si debía llamar a una patrulla de tráfico o a cualquier cuerpo policial que tuviesen por allí y que vistiera de azul.

Cal dio un paso, luego otro y, de pronto, Becky solo vio la parte trasera de su camisa vaquera azul y sus pantalones cortos de color caqui. Por algún motivo muy alejado del raciocinio, la idea de perderlo de vista le aceleró el pulso.

Aun así, echó un vistazo a la pequeña pantalla negra táctil de su Android y comprobó que tenía las cinco barritas de cobertura. Marcó el 911 y descolgó. Mientras se acercaba el teléfono a la oreja, dio un largo paso adentrándose en la hierba.

El teléfono dio un tono antes de que una voz de robot le anunciara que la llamada sería grabada. Becky dio otro paso para no perder de vista la camisa azul y los pantalones cortos de su hermano. Cal era muy *impaciente*. Por supuesto, ella también lo era.

La hierba mojada chirrió al rozar contra su blusa, los pantalones cortos y las piernas descubiertas.

Desde el interior de la máquina de baños... —pensó Becky, cuyo subconsciente empezaba a escupir fragmentos de un epigrama de Edward Gorey a medio digerir—. *Llegó un alboroto de entusiasmo, que fue oído a lo largo y a lo ancho, y no sé qué de la marea, bla bla bla.*

Becky había escrito un trabajo sobre epigramas para su clase de literatura de primero, que a ella le parecía bastante ingenioso pero que en realidad solo había servido para llenarle la cabeza de rimas tontas que no conseguía olvidar y para que le pusieran un bien alto.

Una voz humana sustituyó al robot:

—Emergencias del Condado de Kiowa. Indique dónde se encuentra y el motivo de su llamada, por favor.

—Estoy en la Ruta 73 —dijo Becky—. No sé el nombre del pueblo, pero hay una iglesia llamada La Roca del Redentor, o algo así... y una pista de patinaje hecha polvo... no, no, me parece que es una bolera... y un niño se ha perdido entre la hierba. Su madre también. Oímos sus gritos de auxilio. El chico está cerca, la madre no tanto. Él parece asustado; la madre parece más bien... —Iba a decir «*rara*», pero ya no pudo.

—Disculpe, hay muy mala cobertura. Por favor, repita su...

Nada. Becky dejó de andar para mirar el móvil, que ahora solo mostraba una barrita de cobertura que desapareció mientras la observaba y que fue reemplazada por un aviso de Sin servicio. Cuando levantó de nuevo la mirada, la vegetación ya se había tragado a su hermano.

Por encima de ella, un avión dejó una estela blanca en el cielo a diez mil metros de altura.



III

—*¡Socorro! ¡Ayuda!*

El niño estaba cerca, pero tal vez no tanto como había creído Cal. Y un poco más a la izquierda.

—*¡Vuelvan a la carretera!* —gritó la mujer a quien, en cambio, se *la* oía más próxima que antes—. *¡Vuelvan ahora que aún pueden!*

—*¡Mamá! ¡Mami! ¡Solo quieren AYUDARNOS!*

Entonces el niño gritó. Subió de tono hasta convertirse en un alarido que hacía rechinar los dientes, vaciló y, de repente, se transformó en otra carcajada histérica. Se oyeron golpes, tal vez fruto del pánico o tal vez por un forcejeo. Cal echó a correr en aquella dirección, convencido de que encontraría un claro de hierba pisoteada donde el tal Tobin y su madre estarían sufriendo el ataque de un demente con cuchillo salido de una película de Quentin Tarantino. Había recorrido diez metros y empezaba a creer que *tenía que* estar mucho más lejos cuando la hierba se enredó en torno a su tobillo izquierdo. Cal se agarró a otros tallos para frenar la caída, pero no logró más que arrancar dos manojos de los que chorreaba una savia verde y pegajosa, que fluyó por la palma de sus manos hasta las muñecas. Se cayó al suelo rezumante y logró expulsar barro por ambas fosas nasales. Maravilloso. ¿Cómo podía ser que nunca hubiera cerca un árbol cuando a uno le hacía falta?

Se arrodilló.

—¿Chico? ¿Tobin? Canta. —Estornudó barro, se limpió la cara con la mano y reparó en que ahora olía a pringue de hierba cada vez que respiraba. La cosa mejoraba por momentos. Un auténtico festín para los sentidos—. *¡Cántame, chico! ¡Usted también, señora!*

La madre no lo hizo. Tobin sí.

—*¡Ayúdame, por favoor!*

Ahora el chico se oía a la *derecha* de Cal, y parecía estar mucho más adentro que antes. ¿Cómo era posible? *Hacía un momento, habría jurado que podía extender el brazo y agarrarlo.*

Cal dio media vuelta con la esperanza de ver a su hermana, pero solo se veía hierba. Una hierba *altísima*. Debería de haberse partido por donde él la había pisado al correr, pero estaba intacta. Solo vio una zona despejada, la que había machacado al caer, pero incluso allí la vegetación empezaba a recuperarse. Vaya hierba más dura que tenían en Kansas... Hierba dura y *alta*.

—¿Becky? ¿Beck?

—Tranquilo, estoy aquí mismo —respondió su hermana. Aún no podía verla, pero era cuestión de segundos: la oía como si la tuviera al lado. Parecía enfadada—. He perdido a la mujer de emergencias.

—No pasa nada. Con tal de que no me pierdas a *mí*... —Se volvió de nuevo y se acercó las manos a la boca—. *¡Tobin!*

Nada.

—*¡Tobin!*

—*¡Aquí!* —Apenas se oía. Por Dios, ¿qué estaba haciendo ese chico? ¿Viajar a Nebraska campo a través?—. *¿Venís a buscarme? ¡Tenéis que seguir adelante! ¡No os encuentro!*

—*¡NO TE MUEVAS, CHICO!* —Cal gritó con tanta fuerza que le dolió la garganta. Era como estar en un concierto de Metallica pero sin la música—. *SÉ QUE ESTÁS MUY ASUSTADO, PERO ¡NO TE MUEVAS! ¡NOSOTROS IREMOS A POR TI!*

Se dio la vuelta, esperando de nuevo ver a Becky, pero solo vio la hierba. Flexionó las rodillas y saltó. Alcanzó a ver la carretera (aunque más lejos de lo que había pensado; debía de haber corrido un buen trecho sin darse cuenta). También vio la iglesia, La Casa del Aleluya Infinito o comoquiera que se llamase, y la bolera, pero nada más. No había esperado ver la cabeza de Becky, que solo medía un metro cincuenta y cinco, pero *sí* el surco que había

abierto al caminar entre la hierba. Pero las ráfagas de viento estaban combando los tallos en unas ondas que sugerían docenas de posibles caminos.

Volvió a saltar. Cada vez que caía, chapoteaba en el suelo pastoso. Aquellos vistazos fugaces de la Ruta 73 le estaban haciendo perder la chaveta.

—¿Becky? *¿Dónde demonios te has metido?*



IV

Becky oyó que Cal pedía a voces al chico que se quedara quieto por mucho miedo que tuviera para que pudiesen llegar hasta él. Parecía un buen plan, siempre que el imbécil de su hermano dejara que ella lo alcanzara. Estaba empapada, sin aliento y, por primera, se sentía realmente embarazada. La parte positiva era que Cal no andaba lejos, a su derecha, a la una en punto más o menos.

Sí, pero estas zapatillas acabarán para tirar a la basura. De hecho, los Beckster ya creen que están para tirar.

—¿Becky? ¿Dónde demonios te has metido?

Eso sí que era raro. Cal seguía a su derecha, pero ahora sonaba más bien a sus cinco en punto. Es decir, casi a su *espalda*.

—Aquí —respondió ella—. Y pienso quedarme *aquí* hasta que vengas. —Eché un vistazo a su Android—. Cal, ¿tienes cobertura?

—Ni idea. Me he dejado el móvil en el coche. Sigue hablando hasta que te vea.

—Y ¿qué pasa con el chico? ¿Y con la madre loca? Hace rato que no la oímos.

—Primero reunámonos tú y yo y *después* ya nos preocuparemos de ellos, ¿vale? —propuso Cal. Becky conocía a su hermano y no le gustó nada su tono de voz. Era el que le salía cuando estaba nervioso pero trataba de ocultarlo—. De momento, ve hablándome.

Becky pensó un poco y acto seguido se puso a recitar, marcando el ritmo con sus deportivas embarradas.

—Un tipo era tan *espantajo* que se salpicó de ginebra el *badajo*. Para no fallar el *chut*, le añadió *vermut* e invitó a su chica a un *lingotazo*.

—Precioso... —dijo él. Ahora se le oía justo detrás de ella, casi tan cerca como para extender un brazo y tocarlo. ¿Por qué sentía tanto alivio? Si solo se habían metido en un prado, por el amor de Dios...

—*¡Eh, chicos!* —El chico. Flojo. Ya no se reía; ahora solo parecía perdido y aterrorizado—. *¿Me estáis buscando? ¡Tengo mucho miedo!*

—*¡SÍ! ¡SÍ, VALE! ESPERA* —vociferó Cal—. ¿Becky? Becky, sigue hablando.

Becky puso las manos encima de su abultamiento (se negaba a llamarlo «tripita de bebé» como la llamaban en la revista *People*) y lo acunó con suavidad.

—Vamos, ahí va otro: Había una mujer un poco *diva* que se tragó una píldora *explos...*

—Calla, calla un momento. No sé cómo, pero me he pasado de largo.

En efecto, ahora su voz llegaba desde enfrente. Becky dio otra media vuelta.

—Deja de hacer el idiota, Cal. *No* tiene gracia. —Tenía la boca seca. Tragó saliva, pero también tenía la garganta áspera. Cuando chasqueaba de ese modo era porque la tenía muy seca. En el coche había una botella grande de agua Poland Spring. Y un par de latas de Coca-Cola en el asiento de atrás. Podía visualizarlas: latas rojas, letras blancas.

—¿Becky?

—¿Qué?

—Aquí falla algo.

—¿A qué te refieres? —dijo, aunque en realidad pensó *Como si no lo supiera...*

—Escúchame, ¿puedes saltar?

—*¡Claro* que puedo saltar! ¿Por quién me tomas?

—Te tomo por alguien que va a dar a luz este verano, ni más ni menos.

—Aun así, puedo... ¡Cal, no te alejes!

—No me he movido —respondió él.

—¡Tienes que haberte movido! ¡Sigues *haciéndolo!*

—Cállate y escucha. Voy a contar hasta tres. A la de tres, levantas las manos por encima de la cabeza como un árbitro que confirma un gol y saltas todo lo que puedas, ¿vale? Yo haré lo

mismo. No hará falta que te eleves demasiado, basta con que pueda verte las manos, ¿de acuerdo? Entonces vendré.

Oh, silba y acudiré a ti, muchacho mío, pensó Becky. No sabía de dónde salía aquella frase; quizá también de literatura de primero. Pero lo que *sí* sabía era que, por mucho que su hermano dijera que no se movía, lo estaba *haciendo*, se estaba alejando cada vez más de ella.

—¿Becky? ¡Beck...!

—¡Vale! —gritó ella—. ¡Vale, estoy lista!

—¡Uno! ¡Dos...! —contó Cal—. ¡TRES!

A los quince años, Becky DeMuth pesaba 37 kilos. Su padre la llamaba «Palillo» y formaba parte del equipo de carreras de obstáculos del instituto. A los quince años era capaz de cruzar el instituto entero haciendo el pino. Becky quería creer que seguía siendo esa persona; una parte de ella había albergado la sincera esperanza de continuar siendo esa persona toda la vida. Aún no se había hecho a la idea de tener diecinueve años y estar embarazada, ni a la de pesar 59 kilos y no 37. Su intención era saltar mucho —*Houston, tenemos impulso*—, pero era como saltar con un niño pequeño a caballito, (cosa que, bien pensado, se parecía bastante a la realidad).

Los ojos de Becky solo superaron la punta de la hierba por un instante, concediéndole una visión fugaz del terreno que había dejado atrás. Pero lo que vio fue suficiente para cortarle la respiración del susto.

Cal y la carretera. *Cal...* y también la *carretera*.

Aterrizó, sintiendo la sacudida de un impacto que subió por sus talones hasta las rodillas. El suelo blando cedió bajo su pie izquierdo. Cayó sentada sobre el fango negro con un nuevo impacto, un azote literal en el culo.

Becky creía haberse adentrado unos veinte pasos en la hierba. Treinta como mucho. La carretera debería de estar a tiro de piedra. Pero la había visto tan alejada como si hubiera recorrido más de un campo de fútbol. El Datsun rojo destartado que vio circulando a toda velocidad parecía un cochecito de juguete. Ciento treinta metros de hierba, todo un océano de acuosa seda verde que fluía con parsimonia, se interponían entre ella y la fina hebra de asfalto.

Sentada en el barro, su primer pensamiento fue: *No. Imposible. La vista te ha jugado una mala pasada.*

Su segundo pensamiento fue sobre una nadadora desfallecida, cautiva de la marea en retirada, cada vez más alejada de la costa e incapaz de comprender la magnitud de su problema hasta que empieza a gritar y descubre que nadie la oye desde la playa.

Por sobresaltada que la hubiera dejado la visión de la carretera a una distancia imposible, el breve atisbo que había tenido de Cal era igual de desconcertante. No porque estuviera muy lejos, sino por lo cerca que lo había visto. Su hermano había brincado sobre la hierba a menos de tres metros de ella, pero los dos llevaban un tiempo gritando a pleno pulmón solo para poder oírse.

El fango era cálido, pegajoso, placentario.

La hierba bullía con la furia de los insectos.

—¡Tened cuidado! —gritó el chico—. ¡No os perdáis vosotros también!

Llegó otra breve explosión de risa, un aturdido y desconcertado sollozo de hilaridad. No eran ni Cal ni el chico, esta vez no. Y tampoco había sido la mujer. Aquella risa sonó desde algún lugar a su izquierda, para luego desvanecerse ahogada por el zumbido de los insectos. Era de hombre y tenía cierto matiz etílico.

De pronto, Becky recordó una de las cosas que había gritado Mamá Chiflada: *¡Deja de gritar, cariño! ¡O te oirá él!*

Pero ¿qué coño...?

—*Pero ¿qué coño...?* —gritó Cal, repitiendo lo que ella pensaba. Becky no se sorprendió.

«*Tal para cual, piensan igual*», le gustaba decir a la señora DeMuth. «*Como son del mismo paño, se les ocurre el mismo apaño*», le gustaba decir al señor DeMuth.

Se hizo un silencio en el que solo se oía el viento y el revoloteo de los insectos. Y después, Cal vociferó a pleno pulmón:

—*PERO ¿QUÉ COÑO ES ESTO?*



V

Unos cinco minutos más tarde, Cal pasó por una breve fase en la que se le fue un poco la cabeza. Sucedió después de intentar un experimento. Cal había saltado, mirado a la carretera, caído, esperado y, después de contar hasta treinta, saltado otra vez para mirar.

Para ser exactos, habría que afirmar que ya se le estaba yendo un poco antes de aquello, puesto que había considerado necesario *llevar a cabo* el experimento. Pero llegado aquel punto, empezaba a tener una sensación muy parecida a la del terreno que pisaba: resbaladiza y traicionera. No le había funcionado el sencillo truco de moverse hacia la voz de su hermana, que llegaba desde la derecha cuando avanzaba hacia la izquierda y desde la izquierda si caminaba a la derecha. A veces desde delante, a veces desde atrás. Y sin importar la dirección que tomara, siempre parecía estar alejándose de la carretera.

Saltó y clavó la mirada en el campanario de la iglesia. Era la brillante silueta de una lanza blanca que se recortaba contra el luminoso fondo azul de un cielo casi despejado. Sería una mierda de iglesia, pero tenía un campanario impresionante. *A los feligreses tiene que haberles costado un ojo de la cara*, pensó. Sin embargo, desde su posición a unos cuatrocientos metros de distancia absurdos, ya que no podía haber caminado ni treinta, no alcanzaba a ver la pintura descascarillada ni los tablones de las ventanas. Ni siquiera lograba distinguir su propio coche, rodeado de otros vehículos diminutos en el aparcamiento. Pero sí veía el Prius polvoriento. Era el que estaba en la primera fila. Cal trató de no pensar mucho en lo que había entrevisto en el asiento del copiloto; era un detalle de pesadilla que aún no estaba dispuesto a considerar.

En aquel primer salto, estaba encarado justo hacia el campanario y, en el mundo normal, debería de ser capaz de alcanzarlo caminando entre la hierba en línea recta con algún salto de vez en cuando para corregir pequeños desvíos. Entre la iglesia y la bolera había una señal de tráfico oxidada y agujereada, con forma de rombo y el borde amarillo, tal vez advirtiendo a los conductores que *PODÍA HABER NIÑOS CRUZANDO LA CARRETERA*. No estaba seguro, porque también se había dejado las gafas en el coche.

Volvió a aterrizar en el fango inestable y se puso a contar.

—¿Cal? —Era la voz de su hermana, desde algún lugar a su espalda.

—¡Espera! —gritó él.

—¿Cal? —repitió Becky, desde su izquierda—. ¿Quieres que siga hablando? —Y al no recibir respuesta, empezó a entonar con voz trémula desde algún punto enfrente de él—: Había una vez una chica muy oronda...

—¡Cállate y espera! —gritó él de nuevo.

Notaba la garganta seca y le costaba tragar. Aunque eran más o menos las dos de la tarde, el sol parecía estar justo encima de sus cabezas. Podía sentirlo en el cuero cabelludo y en las puntas de las orejas, que ya tenía irritadas y empezaban a tostarse. Pensó que si tuviera algo de beber, un solo trago de agua fresca de manantial o de las Coca-Colas que llevaban en el coche, tal vez no estaría tan crispado, tan inquieto.

Sobre la hierba refulgían las gotitas de condensación, centenares de lupas en miniatura que refractaban e intensificaban la luz solar.

Diez segundos.

—¿Chico? —llamó Becky desde su derecha. (*No. Basta. No se está moviendo. Contrólate.*) Por la voz, su hermana también parecía sedienta. Ronca—. ¿Sigues con nosotros?

—¡Sí! ¿Habéis encontrado a mi madre?

—*¡Aún no!* —gritó Cal cayendo en que hacía rato que no oían a la mujer. Tampoco es que en aquel momento le preocupara mucho.

Veinte segundos.

—¿Chico? —dijo Becky. Su voz volvía a venir de atrás—. Todo saldrá bien.

—*¿Habéis visto a mi padre?*

Cal pensó: *Otro jugador. Genial. A lo mejor también está aquí William Shatner. Y Mike Huckabee, y Kim Kardashian... Y el tío que hace de Opie en Sons of Anarchy, y todo el reparto de The Walking Dead.*

Cerró los ojos, pero al hacerlo sintió un mareo instantáneo, como si estuviera encaramado a una escalera que empezaba a bambolearse. Deseó no haber pensado en *The Walking Dead*. Ojalá se hubiera conformado con William Shatner y Mike Huckabee. Volvió a abrir los ojos y descubrió que estaba balanceándose sobre los talones. Le costó un poco enderezarse. El calor hacía que el sudor le picase en la cara.

Treinta. Llevaba treinta segundos sin moverse del sitio. Lo prudente sería esperar un minuto entero, pero no fue capaz, así que saltó para echar otro vistazo a la iglesia.

Una parte de él, la parte que él intentaba reprimir con toda sus fuerzas, sabía de antemano lo que iba a ver. Esa parte de su mente llevaba tiempo interpretando el papel de comentarista casi jovial: *Todo se habrá movido, Cal, viejo amigo. La hierba fluye y tú también estás fluyendo. Considéralo una forma de hacerte con la naturaleza, hermano.*

Cuando sus cansadas piernas lo impulsaron de nuevo, vio que ahora el campanario de la iglesia estaba a su *izquierda*. No se había desviado mucho, solo un poco. Sin embargo, él había derivado tanto a la derecha que ya no veía la señal amarilla de frente, sino su cara *posterior* de aluminio plateado. Y no estaba seguro, pero creía que todo estaba un poco más lejos que la última vez. Como si hubiera retrocedido unos pasos mientras contaba hasta treinta.

En alguna parte, el perro volvió a ladrar: *bup, bup*. Se oía una radio a lo lejos. No pudo distinguir la canción, aunque sí el bajo. Los insectos rasgueaban su única nota alienígena.

—Oh, vamos... —dijo Cal. Nunca había sido muy dado a hablar solo. Cuando era adolescente le había dado un venazo *skater* budista, y se había enorgullecido del tiempo que podía pasar en un silencio sereno. Pero ahora estaba hablando, casi sin darse cuenta—. Vamos, *joder*. Esto es... Esto es *de locos*.

Y además, había echado a andar. Estaba caminando en dirección a la carretera casi sin darse cuenta.

—¿Cal? —gritó Becky.

—Esto es de locos —volvió a decir resollando y apartando la hierba a manotazos.

Se enganchó el pie con algo y cayó de rodillas sobre dos centímetros de agua pantanosa. Estaba caliente; no templada, sino *caliente* como en un baño y, al salpicarle la entrepierna de los pantalones, le provocó la sensación de haberse meado encima.

Aquello le desanimó un poco. Se puso en pie de un salto. Esta vez corrió mientras la hierba le azotaba la cara. Era dura y afilada y, cuando una daga verdosa lo alcanzó bajo el ojo izquierdo, sintió un dolor agudo. El dolor le azuzó la rabia y corrió más, tan deprisa como podía.

—*¡Tenéis que ayudarme!* —gritó el niño. Eso sí que no había quien lo entendiera: *Tenéis que* había llegado desde la izquierda de Cal y *ayudarme* desde la derecha. Era la versión de Kansas del sonido estéreo.

—*¡Esto es de locos!* —volvió a gritar Cal—. *¡Es de locos, de locos, de locos, joder!* —Sus palabras empezaron a confundirse—: *¡Delocosdelocosdelocos!*

Menuda estupidez. Menuda obviedad. Y no podía dejar de repetirlo.

Volvió a tropezar y esta vez cayó de bruces y quedó tumbado sobre el pecho. Ya tenía la ropa manchada de una tierra tan rica, tibia y oscura que daba la sensación de ser materia fecal. Incluso desprendía ese olor...

Se levantó de nuevo, corrió cinco zancadas más, notó que la hierba se enmarañaba alrededor de sus piernas, como si hubiera metido los pies en un rollo de alambre y por sus muertos que dio con los huesos en tierra una tercera vez. El cráneo le zumbaba como si lo tuviera lleno de moscardones.

—¡Cal! —Becky estaba gritando—. ¡Basta, Cal! ¡Basta!

Sí, basta. Como no pares, acabarás pidiéndome ayuda a gritos como hace el chaval. Formaréis un puto dueto.

Tragó bocanadas de aire. Tenía el corazón desbocado. Esperó a que se le pasara el zumbido de la cabeza, pero al final comprendió que el zumbido no estaba dentro de su cráneo. Realmente había moscas. Veía cómo se internaban y salían de la hierba, una nube de moscas agolpadas alrededor de algo, más allá de la oscilante cortina verde y amarilla que Cal tenía delante.

Metió las manos entre la hierba y la apartó para mirar.

Había un perro, que parecía haber sido un golden retriever, tendido de costado en el lodazal. Un pelaje lacio, entre marrón y rojizo, relucía bajo un manto de moscardas. La lengua, hinchada, le colgaba entre las encías, y unos ojos como canicas sucias sobresalían de su cabeza. La placa de su collar resplandecía entre el pelo. Cal volvió a mirarle la lengua. Estaba cubierta de una capa de color blanco verdoso. No quiso pensar por qué. El pelaje mugroso, mojado y cubierto de moscas del perro recordaba a una sucia alfombra dorada dejada caer de cualquier manera sobre un montón de huesos. Algunos mechones se mecían con la brisa cálida.

Contrólate. Lo pensó él, aunque en su interior oyó la voz firme de su padre. Esa voz le ayudaba. Miró el abdomen hundido del perro y vio un batiburrillo de movimiento. Un hervidero de larvas, como las que había visto retorcerse en las hamburguesas que alguien se había dejado a medio comer en el asiento de aquel maldito Prius. Unas hamburguesas que llevaban días allí. Alguien las había dejado allí, había salido del coche y las había dejado, y no había regresado, y nunca...

Contrólate, Calvin. Si no es por ti, que sea por tu hermana.

—Lo haré —le prometió a su padre—. Lo haré.

Se arrancó las duras briznas de hierba que se le habían enredado en los tobillos y las piernas, apenas consciente de los pequeños cortes que tenía. Se irguió.

—*Becky, ¿dónde estás?*

Mucho tiempo sin oír nada, el suficiente para que el corazón abandonara su pecho y se instalara en su garganta. Y luego, desde una distancia imposible:

—*¡Aquí! Cal, ¿qué hacemos? ¡Nos hemos perdido!*

Volvió a cerrar los ojos por un instante. *Esa es la frase del niño.* Y luego pensó: «*Le niño, c'est moi*». Incluso tenía cierta gracia.

—Seguir llamándonos —dijo él, avanzando hacia el lugar de donde parecía proceder la voz de su hermana—. Seguir llamándonos hasta que nos reunamos.

—*¡Tengo una sed que me muero!* —Ahora se oía a Becky más cerca, pero Cal ya no se fiaba. No, no, no.

—Yo también —dijo él—. Saldremos de esta, Beck. Solo tenemos que procurar que no se nos vaya la cabeza.

Jamás le confesaría a su hermana que a él ya se le había ido, (un poco, solo un poco). Al fin y al cabo, ella jamás le había dicho el nombre del chico que le había hecho el bombo, así que estaban más o menos empatados. Un secreto a favor de ella, uno a favor de él.

—*¿Y el chico?*

Ah, Dios, ya volvía a perderla. Cal estaba tan asustado que la verdad fluyó sin trabas de sus labios, y a viva voz:

—*¡Al chico que le den por culo, Becky! ¡Ahora debemos preocuparnos por nosotros!*



VI

Las direcciones se confundían en la hierba alta, y el tiempo también se confundía con ellas: un mundo imaginado por Dalí y dotado de sonido envolvente. Becky y Cal se perseguían la voz el uno al otro como dos niños cansados pero demasiado tercos para dejar de jugar al pilla-pilla y volver a casa para la cena. A veces, Becky parecía estar cerca y a veces lejos, pero Cal no llegó a verla nunca. De vez en cuando, el chico pedía ayuda a gritos, en una ocasión desde tan cerca que Cal saltó entre la hierba con los brazos extendidos para cogerlo antes de que desapareciera, aunque al final nunca había niño. Solo un cuervo con la cabeza y un ala arrancadas.

En este lugar no hay mañana ni noche —pensó Cal—, *solo una tarde sin fin*. Pero, al mismo tiempo que tenía este pensamiento, Cal constató que el azul del cielo empezaba a apagarse y que el suelo pantanoso que rodeaba sus pies enfangados se volvía más sombrío.

Si tuviéramos sombra, al menos esta se alargaría y podríamos utilizarla como guía para desplazarnos en la misma dirección —pensó. Pero no tenían sombra. No entre la hierba alta. Miró su reloj y no le sorprendió comprobar que se había parado pese a que era automático. Lo había detenido la hierba, estaba seguro. En la hierba había algún tipo de esencia maligna, alguna mierda paranormal al estilo de *Fringe*.

Habían dado las nada y media cuando Becky empezó a sollozar.

—¿Beck? ¿Beck?

—Necesito descansar. Cal, voy a sentarme. Estoy muerta de sed y empiezo a tener calambres.

—¿Contracciones?

—Creo que sí. Dios mío, ¿y si tengo un aborto en este puto campo, en medio de la nada?

—Quédate sentada donde estás —dijo él—. Se te pasarán.

—Gracias, doc, yo... —Nada. Al cabo de poco, Becky empezó a gritar—. *¡Fuera! ¡Vete! ¡NO*

ME TOQUES!

Aunque estaba demasiado exhausto para correr, Cal echó a correr.



VII

Aunque estaba aterrorizada, en cuanto vio a aquel loco apartando la hierba y quedándose plantado frente a ella, Becky supo quién debía de ser. Llevaba ropa de turista: unos pantalones de color caqui y unos mocasines llenos de barro. Aunque la pista definitiva era la camiseta. Incluso manchada de barro y cubierta por una corteza de color granate oscuro que sin duda era sangre, se distinguía el dibujo de una cuerda enrollada como un ovillo de espaguetis, y Becky supo qué palabras llevaba impresas encima: EL OVILLO DE CUERDA MÁS GRANDE DEL MUNDO, CAWKER CITY, KANSAS. ¿Acaso ella no tenía una camiseta igual, perfectamente doblada en su maleta?

El padre de Tobin. De carne (aunque manchada de barro y savia) y hueso.

—¡Vete! —Se levantó de un salto, protegiendo su barriga con las manos—. ¡Vete! ¡NO ME TOQUES!

Papá sonrió. Sus mejillas mostraban una barba incipiente y tenía los labios muy rojos.

—Tranquilízate. ¿Quieres ver a mi esposa? O, ¡mejor aún! ¿Quieres salir de aquí? Es fácil.

Becky lo miró boquiabierta. Cal estaba gritando, pero en aquel momento no le prestó atención.

—Si se pudiera salir, no te habrías quedado aquí *dentro* —le dijo Becky.

El hombre soltó una risita.

—Buena idea, mala conclusión. Iba con mi hijo. Ya he encontrado a mi mujer. ¿Quieres conocerla?

Becky no dijo nada.

—Tú misma —concluyó él, y le dio la espalda. Empezó a internarse en la hierba. No tardaría en desaparecer por completo, como había hecho su hermano, y Becky notó una punzada de pánico. Saltaba a la vista que el hombre estaba loco; solo había que fijarse en sus ojos o escuchar las frases que pronunciaba como si fueran mensajes de móvil. Pero era *un ser humano*.

El hombre se detuvo y se volvió de nuevo hacia ella, sonriendo de oreja a oreja.

—Olvidé presentarme. Un fallo. Ross Humbolt es cómo me llamo. De agente inmobiliario es lo que hago. De Poughkeepsie. Mi mujer es Natalie. El pequeño, Tobin. ¡Buen chico! ¡Listo! Tú eres Becky. Tu hermano, Cal. Última oportunidad, Becky. Acompáñame o muere. —Bajó la mirada hacia el vientre de Becky—. El bebé también.

No te fíes de él.

Becky no se fiaba, pero le siguió de todos modos, manteniendo lo que esperaba que fuese una distancia prudente.

—No tienes ni idea de hacia dónde vas.

—¿Becky? ¡Becky!

Era Cal. Pero muy lejos. En algún lugar de Dakota del Norte. Tal vez Manitoba. Supuso que debía responder a su llamada, pero tenía la garganta demasiado irritada.

—Yo estuve igual de perdido en la hierba que vosotros —dijo el hombre—. Pero ya no. Besé la piedra. —Se volvió un momento para dedicarle una mirada traviesa y demente—. También la abracé. *Fsss*. Entonces lo ves. Todos esos tipos menudos, bailando. Lo ves todo. Claro como el agua. ¿Regresar a la carretera? ¡Todo recto! ¡Zumbando! Mi mujer está aquí. Tienes que conocerla. Es un encanto. Prepara el mejor martini de toda América. Un tipo era tan espantajo que se salpicó de ginebra el *ejem!* Para no fallar el chut, le añadió vermut. Supongo que ya sabes cómo termina. —Le guiñó un ojo.

En el instituto, Becky se había apuntado a una optativa de gimnasia llamada «Autodefensa para chicas». Trató de recordar lo que le habían enseñado, pero no pudo. Lo único que recordaba...

Al fondo de su bolsillo derecho tenía un llavero. La llave más larga y gruesa de todas abría la puerta delantera de la casa donde habían crecido ella y su hermano. La separó de las otras y la

sostuvo con firmeza entre los dos primeros dedos.

—¡Aquí está! —proclamó Ross Humbolt con alegría mientras apartaba la hierba con las manos, como en las películas antiguas de exploradores—. ¡Saluda, Natalie! ¡Esta jovencita va a tener un *churumbel*!

Detrás de las altas briznas de hierba que el hombre sostenía abiertas había salpicaduras de sangre y Becky quiso detenerse pero sus pies la llevaban y él incluso se apartó un poco para dejarla pasar como en esas otras películas antiguas en las que el galán dice «*Después de ti muñeca*» y entran en el pintoresco club nocturno donde toca un cuarteto de jazz solo que aquello no era un pintoresco club nocturno sino un claro de hierba pisoteada donde esa mujer Natalie Humbolt si es que se llamaba así de verdad estaba tendida en una postura imposible y con los ojos hinchados y el vestido levantado mostrando unos enormes socavones rojos en los muslos y Becky supuso que ya sabía por qué Ross Humbolt de Poughkeepsie tenía los labios tan rojos y por qué a Natalie le faltaba un brazo que había sido arrancado por el hombro y tirado unos tres metros más allá sobre un pequeño claro donde la hierba empezaba a crecer de nuevo y en el brazo había más socavones rojos y enormes y el rojo aún parecía húmedo porque...

Porque ha muerto hace poco —pensó Becky—. *La oímos gritar. La oímos morir.*

—Mi familia ya lleva un tiempo aquí —dijo Ross Humbolt en tono de confianza amistosa mientras sus dedos manchados de verde rodeaban el cuello de Becky. El hombre soltó un hipido—. Puede entrarte hambre. ¡Y aquí no hay McDonald's! Ni uno. Se puede beber el agua que sale de la tierra. Es arenosa y da vomitona de lo tibia que está, pero al cabo de un tiempo lo único que te importa es que llevas *días* aquí metido. Pero ahora estoy lleno. Me he dado un buen atracón. —Acercó mucho sus labios manchados de sangre a la oreja de Becky, y su barba de varios días le hizo cosquillas mientras le susurraba—: ¿Quieres ver la roca? ¿Quieres yacer desnuda sobre ella y sentirme dentro de ti, bajo las estrellas arremolinadas mientras la hierba corea nuestros nombres? Estoy hecho todo un poeta, ¿eh?

Becky intentó llenar los pulmones de aire para gritar, pero su tráquea no dejaba pasar ni un hilillo de voz. En sus pulmones se hizo un repentino y terrible vacío. El hombre hundió sus pulgares en la garganta de Becky, aplastando músculo, tendón y tejido blando. Ross Humbolt sonrió. Tenía manchas rojas en los dientes, pero su lengua era de un color entre verdoso y amarillo. Su aliento olía a sangre y también a césped recién cortado.

—La hierba tiene cosas que decirte. Solo debes aprender a escuchar. Tendrás que aprender a hablar en *hierbalteño*, preciosa. La roca sabe. Cuando hayas visto la roca, lo entenderás. He aprendido más de esa roca en dos días que en los veinte años que me tiré estudiando.

El hombre le estaba doblando la espalda hacia atrás, arqueando su columna. Becky se combó igual que un tallo alto de hierba frente al viento. El hálito verde del hombre volvió a inundarle la cara.

—Veinte años de escuela y me ponen en el turno malo —dijo, y rió—. Eso sí que era rock antiguo del bueno, ¿eh? Dylan. «Child of Yahveh.» «Bard of Hibbing.» ¿Sabes una cosa? La piedra que hay en el centro de este prado es roca *antigua de la buena*, pero es una roca *sedienta*. La pusieron a trabajar en el turno malo desde antes de que los hombres rojos cazaran en las Cuestas de Osage, desde que un glaciar la trajo aquí en la última glaciación y, joder *cuantasedtiene*, chica.

Becky pensó en darle un rodillazo en las pelotas, pero le suponía demasiado esfuerzo. Lo máximo que podía hacer era levantar el pie unos centímetros y luego bajarlo de nuevo al suelo sin fuerza. Levantar el pie y bajarlo. Levantar y bajar. Becky parecía piafar a cámara lenta, como un caballo ansioso por salir de su compartimento.

En los límites de su visión explotaron constelaciones de chispas plateadas y negras. *Estrellas arremolinadas*, pensó Becky. Sintió una extraña fascinación al observar cómo nacían y

morían nuevos universos, cómo aparecían y se apagaban. Comprendió que ella tampoco tardaría en apagarse. Y no parecía algo tan terrible. No requería acción inmediata.

Cal la llamaba a gritos desde muy lejos. Si antes estaba en Manitoba, ahora había descendido a una mina de Manitoba.

La mano de Becky se tensó en torno al llavero del bolsillo. Los dientes de algunas llaves se le clavaban en la palma de la mano. Le mordían.

—La sangre está bien, pero las lágrimas son mejores —dijo Ross—, para una vieja roca sedienta como esa. Y cuando te folle sobre la piedra, tendrá de las dos cosas. Ha de ser rápido, ojo. No quiero que el chaval me vea hacerlo. —Le *apestaba* el aliento.

Becky sacó la mano del bolsillo, con la punta de la llave de casa asomando entre sus dedos entre el índice y el corazón, y le dio un puñetazo a Ross Humbolt en toda la cara. Solo quería apartarle la boca para que no le echara el aliento encima. Se había hartado de oler aquella peste verde. Tenía el brazo muy débil y le salió un movimiento perezoso, casi amigable, pero la llave alcanzó a Ross por debajo del ojo izquierdo y le rasgó la mejilla dibujando un reguero de sangre.

El hombre se encogió y echó la cabeza hacia atrás. Aflojó sus manos sobre Becky que, por un momento, dejó de sentir aquellos pulgares hundidos en la piel suave de su garganta. Ross volvió a hacer presión casi al instante, pero Becky ya había logrado inhalar una bocanada sibilante de aire. Las chispas, las estrellas arremolinadas, que surgían y destellaban en la periferia de su visión, desaparecieron. Se le aclaró la mente, como si alguien le hubiera echado agua helada en la cara. Con el siguiente puñetazo que le propinó al hombre, proyectado desde el hombro, logró clavarle la llave en el ojo. Sus nudillos golpearon el hueso. La llave atravesó la córnea de Ross y se hundió en el centro líquido de su globo ocular.

El hombre no gritó. Emitió una especie de ladrido, como un gruñido agudo, y la empujó a un lado con fuerza. El hombre tenía los antebrazos quemados por el sol. Desde tan cerca, Becky reparó en que también se le había quemado la piel de la nariz, tanto que parecían salirle chispas. Ross hizo una mueca y mostró sus dientes manchados de color rosa y verde.

La mano de Becky descendió flácida después de soltar el llavero, que todavía colgaba de la cuenca ocular izquierda del hombre, mientras las otras llaves tintineaban y rebotaban en su mejilla sin afeitar. La sangre descendía por el lado izquierdo del rostro de Humbolt, y su ojo se había convertido en un agujero rojizo y brillante.

La hierba siseó alrededor de ellos. El viento arreció y los altos tallos se agitaron y azotaron a Becky en la espalda y las piernas.

Entonces, el hombre le asestó un rodillazo a Becky en la barriga. Becky sintió dolor, y algo peor que dolor, en la zona baja donde el abdomen se encuentra con la ingle. Fue una especie de contracción muscular, un retortijón, como si hubiera una cuerda anudada en torno a su útero y alguien la hubiera tensado de sopetón, dejándola más sujeta de lo que debía estar.

—¡Oh, Becky! ¡Sí, chica! ¡Hasta el culo..., ahora sí que estás de mierda hasta el culo! —gritó él con cierto matiz de burla en su voz.

Le propinó un segundo rodillazo en la barriga y luego un tercero. Cada impacto provocaba una detonación nueva, negra y venenosa en Becky. *Está matando al bebé*, pensó. Notó un chorrito de algo que resbalaba por la parte interna de su pierna izquierda. No sabía si era sangre u orina.

Bailaron juntos, la embarazada y el tuerto demente. Bailaron en la hierba, chapoteando, con las manos de él alrededor del cuello de ella. Habían rodeado a tropicónes el cadáver de Natalie Humbolt dibujando un semicírculo. Becky reparó en el cadáver que tenía a la izquierda, vislumbró sus muslos blanquecinos, ensangrentados y mordidos, su arrugada falda vaquera y sus bragas de señora mayor que habían quedado a la vista, manchadas de savia. Y su brazo. El brazo de Natalie justo detrás de los pies de Ross Humbolt. El brazo arrancado de Natalie, sucio,

(¿cómo había podido arrancárselo?, ¿retorciéndolo como un muslo de pollo?) descansaba con los dedos entrecerrados y las uñas sucias partidas.

Becky se arrojó contra Ross, embistiéndolo con todo su peso. El hombre dio un paso atrás y pisó el brazo, que rodó bajo su talón. Soltó un feroz rugido de angustia mientras caía, agarrado a Becky para derribarla con él. No le soltó el cuello hasta que dio con la espalda contra el suelo y sus dientes entrechocaron con un fuerte *¡clac!*

Ross absorbió la mayor parte del impacto, y la masa protuberante de su barriga de padre de familia acomodada amortiguó la caída de Becky. Ella se apartó rápidamente y empezó a adentrarse en la hierba, a gatas.

Pero no podía moverse deprisa. Sus entrañas palpitaban con un peso horrible y una sensación tirante, como si se hubiera tragado un balón. Sintió ganas de vomitar.

Ross le atrapó el tobillo y tiró de él. Becky cayó de plano, sobre su sensible y herido abdomen. Una oleada de dolor desgarrador invadió su vientre y tuvo la sensación de que algo iba a explotar. Se dio con la barbilla en la tierra húmeda. Su visión se llenó de motas negras.

—¿Adónde crees que vas, Becky DeMuth? —Ella jamás le había dicho su apellido al hombre. Era imposible que lo supiera—. Volveré a encontrarte. La hierba me mostrará dónde te escondes y los pequeños bailarines me conducirán hasta ti. Ven. Ya no hace falta que vayas a San Diego. No hay decisión que tomar sobre el bebé. Está todo arreglado.

Se le aclaró la vista. Justo delante de ella, sobre una pequeña zona de hierba aplanada, vio un bolso de paja con su contenido desperdigado y, entre todos los objetos, distinguió unas tijeritas de manicura, tan pequeñas que más bien parecían unas pinzas. Las hojas de las tijeras estaban llenas de sangre, pegajosas. Becky no quiso pensar para qué las habría usado Ross Humbolt de Poughkeepsie ni para qué podía usarlas ella.

De todos modos, las guardó en una mano.

—Que vengas, he dicho —insistió Ross—. *Ahora mismo, zorra.* —Tiró de su pie.

Becky se retorció y volvió a arrojarse contra él, con las tijeras de manicura de Natalie Humbolt en el puño. Aporreó su cara, una vez, dos, tres, antes de que Ross empezara a gritar. Eran gritos de dolor pero, antes de que terminara con él, se transformaron en unas carcajadas histéricas. Becky pensó: *El niño también se reía.* Y después, durante un periodo bastante largo, no pensó en nada más. No hasta que salió la Luna.



VIII

Con la última luz del día, Cal se sentó en la hierba y se secó las lágrimas de las mejillas.

No se permitió un sollozo propiamente dicho. Solo se dejó caer sobre las nalgas después de ni se sabía cuánto tiempo vagando en vano y llamando a Becky, que ya llevaba mucho sin responder. Y pasó un rato allí, sintiendo el hormigueo en sus ojos húmedos y su propia respiración entrecortada.

El anochecer fue espectacular. El cielo era de un azul oscuro y solemne, casi negro, y el resplandor infernal de unas brasas casi apagadas iluminaba el horizonte por el oeste, detrás de la iglesia. De vez en cuando, cuando reunía las fuerzas necesarias y se convencía de que servía para algo, Cal saltaba para verla.

Las zapatillas de deporte estaban tan empapadas que pesaban mucho y le dolían los pies. Le picaba la cara interior de los muslos. Se quitó la zapatilla derecha y dejó caer de su interior un chorrito de agua sucia. No llevaba calcetines, y sus pies desnudos tenían el blanco cadavérico y la complexión marchita de un cuerpo ahogado.

Se quitó la otra zapatilla, pero vaciló antes de vaciarla. Se la acercó a los labios, inclinó la cabeza hacia atrás y dejó caer en su lengua un líquido arenoso que sabía igual que sus pies malolientes.

Había oído a Becky y al Hombre muy lejos, entre la hierba. Había escuchado la voz jubilosa e intoxicada del Hombre, que casi parecía estar dando lecciones a su hermana, aunque Cal no había podido comprender casi nada de lo que decía. Algo sobre una roca. Algo sobre unos hombres que bailaban. Algo sobre la sed. Un verso de una vieja canción folk. ¿Qué era lo que había cantado? *Veinte años escribiendo y te ponen en el turno de noche*. No, no era así, pero se parecía. Cal nunca había sido un gran experto en música folk: a él le iban más los RUSH. Habían recorrido todo el país con su *Permanent Waves*.

Después había oído golpes y forcejeos entre la hierba, los gritos ahogados de Becky y los discursos que le soltaba el hombre. Por último, llegaron gritos... gritos que se parecían terriblemente a gritos de júbilo. Pero no eran de Becky, sino del Hombre.

En aquel momento Cal se había puesto histérico, había corrido y saltado y chillado para llamarla. Gritó y corrió durante mucho tiempo antes de lograr controlarse, antes de obligarse a detenerse y escuchar. Se había agachado, con las manos en las rodillas y la garganta irritada por la sed, y había prestado atención al silencio.

La hierba se calmó.

—¿Becky? —había vuelto a llamarla con voz ronca—. ¿Beck?

No recibió más respuesta que el viento siseando al colarse entre los tallos.

Anduvo un poco más. La llamó de nuevo. Se sentó. Trató de no estallar en llanto.

Y el anochecer fue espectacular.

Rebuscó en sus bolsillos a la desesperada, por centésima vez, sumido en la terrible fantasía de encontrar una seca y rugosa barrita de chicle Juicy Fruit. Había comprado un paquete de chicles en Pennsylvania, pero entre él y Becky se los habían terminado antes de llegar a Ohio. Comprar chicle era tirar el dinero. El intenso golpe cítrico de azúcar se pasaba enseguida y...

... palpó una cartulina rígida y sacó del bolsillo una carterita de cerillas. Cal no fumaba, pero se las habían regalado en el bar que había enfrente del dragón Kaskaskia, en Vandalia. En la lengüeta había una fotografía del dragón de diez metros construido en acero inoxidable. Becky y Cal, después de comprar un puñado de fichas, habían dedicado gran parte de la sobremesa a alimentar al gran dragón metálico, viendo cómo arrojaba chorros de propano ardiente por el hocico. Cal imaginó al dragón aterrizando en aquel prado y casi se mareó de placer con la idea de que exhalara una columna de fuego sobre la hierba.

Giró la carterita de cerillas en la mano, sintiendo la cartulina seca contra el pulgar.

Quema el campo —pensó—. *Quema el puto campo*. Si le pegaba fuego, la hierba alta

ardería igual que la paja...

Visualizó un río de hierba en llamas, chispas brillantes y jirones de vegetación calcinada elevándose por los aires. Era una imagen tan potente que, si cerraba los ojos, casi podía *olerla*, casi podía percibir el reconfortante hedor de los tallos quemándose a finales de verano.

¿Y si las llamas se volvían en su contra? ¿Y si alcanzaban a Becky, dondequiera que estuviese? ¿Y si su hermana estaba inconsciente y la despertaba el fuerte olor de su propio pelo al arder?

No. Becky huiría del incendio. *Él* también huiría del incendio. Se le había metido en la cabeza que tenía que *hacerle daño* a la hierba, demostrarle que no pensaba aguantar más mierda, y así ella le permitiría (les permitiría) marcharse. Cada vez que unas hebras le acariciaban la cara, Cal tenía la sensación de que lo hacían para fastidiarle, para burlarse de él.

Cal se levantó, con las piernas doloridas, y tiró de unos tallos para intentar arrancarlos. Eran bastos y rugosos como cuerdas viejas y duras. Le hicieron heridas en las manos, pero logró arrancar algunos y los partió para formar un montón y arrodillarse ante él como un penitente frente a su altar privado. Separó una cerilla, la apoyó contra la franja áspera del librito, dobló la lengüeta contra ella para que no bailara y tiró de ella. Brotó una llama. Cal tenía la cara muy cerca e inhaló un ardiente olor a azufre.

Pero en el mismo instante en que la cerilla tocó la hierba, densa y húmeda, con sus tallos impregnados de savia y cargados de un rocío que nunca se secaba, se apagó.

Cal encendió una segunda cerilla con la mano temblorosa.

El fósforo emitió un silbido al entrar en contacto con la hierba y apagarse. ¿Jack London no había escrito un relato sobre eso?

Y otra. Y otra. Cada cerilla soltaba una volutita de humo al entrar en contacto con la vegetación mojada. Una de ellas ni siquiera llegó hasta la hierba, ya que la suave brisa la apagó antes, inmediatamente después de encenderla.

Al final, cuando ya solo le quedaban seis cerillas, encendió una y, desesperado, la acercó a la carterita. La cartulina prendió con un fogonazo y Cal la dejó caer sobre el montón de hierba, que tenía los bordes chamuscados pero seguía húmeda. La carterita se mantuvo un instante en la cima del montículo de hojas amarillentas, alimentando una resplandeciente lengua de fuego.

Entonces la carterita quemó un agujero en la hierba empapada, cayó al fango y se apagó.

Cal dispersó el montón de hierba dando patadas y más patadas, poseído por una terrible desesperación enfermiza. Era la única forma de evitar el llanto.

Después se sentó y permaneció quieto, con los ojos cerrados y la frente apoyada en una rodilla. Estaba agotado y quería descansar; quería tumbarse y ver cómo aparecían las estrellas. Sin embargo, no le apetecía hundirse en aquel barro pegajoso, ni que se le metiera entre el pelo, ni que empapara la espalda de su camisa. Ya iba bastante sucio. Sus piernas descubiertas estaban llenas de cortes que le habían producido los bordes afilados de la hierba. Pensó en intentar de nuevo regresar a la carretera antes de quedarse sin luz, pero casi no era capaz ni de levantarse.

Lo que acabó logrando que lo hiciera fue el repentino sonido lejano de la alarma de un coche. Pero *no* era una alarma cualquiera, no. Aquella alarma no hacía *ua-ua-ua* como la mayoría de alarmas, sino que aquella alarma hacía *uIII-ong, uIII-ong, uIII-ong*. Por lo que él sabía, los únicos coches que rebuznaban de ese modo ante una intrusión, mientras encendían y apagaban los faros, eran los Mazda antiguos.

Como el que estaban usando Becky y él para cruzar el país.

uIII-ong, uIII-ong, uIII-ong.

Tenía las piernas molidas, pero aun así logró dar otro salto. La carretera volvía a estar más cerca (no es que importara), y sí, alcanzó a ver unos focos parpadeantes. No vio mucho más, pero tampoco lo necesitaba para deducir lo que estaba ocurriendo. Los habitantes de aquel

tramo de carretera debían de saberlo todo acerca del prado de hierba alta que crecía al otro lado de la iglesia y la bolera abandonada. Seguro que sus propios niños tenían prohibido cruzar la carretera. Y cuando algún turista de paso oía que alguien pedía ayuda a gritos y se adentraba en la hierba alta, decidido a hacer de buen samaritano, los lugareños visitaban los coches y los despojaban de todo lo que valiera la pena.

Deben de estar encantados con este viejo prado. Y deben de temerlo. Y adorarlo. Y...

Trató de bloquear la conclusión lógica, pero fue incapaz.

Y ofrecerle sacrificios. ¿El botín que se llevan de los maleteros y las guanteras? Un extra sin importancia.

Ansiaba ver a Becky. Dios, cómo ansiaba ver a Becky. Y Dios, cómo ansiaba comer algo. No sabía qué ansiaba más.

—¿Becky? ¿Becky?

Nada. En lo alto ya titilaban las estrellas.

Cal se dejó caer de rodillas y apretó las manos contra el suelo esponjoso hasta que afloró más agua. La bebió intentando filtrar la tierra entre los dientes. *Si Becky estuviera conmigo, tal vez lo solucionaríamos. Sé que podríamos. Porque tal para cual, piensan igual.*

Sorbió más agua, aunque esta vez se olvidó de filtrarla y tragó más arena. Y también algo que se retorcía. Un insecto, o quizá un gusano pequeño. En fin, ¿qué más daba? Todo era proteína, ¿no?

—Jamás la encontraré —dijo Cal. Observó la hierba que se mecía en la creciente oscuridad—. Porque tú no vas a permitirlo, ¿verdad? Te dedicas a separar a las personas que se quieren, ¿no? Nos harás dar vueltas y más vueltas en círculos, llamándonos el uno al otro, hasta que nos volvamos locos.

Solo que Becky había *dejado* de llamar. Como había ocurrido antes con la Madre del niño, Becky había desapar...

—No tiene por qué ser así —dijo una vocecilla clara.

Cal se volvió rápidamente. Era un niño pequeño con la ropa llena de barro. Tenía el rostro enjuto y sucio. El niño sostenía un cuervo muerto por una de sus patas amarillas.

—¿Tobin? —susurró Cal.

—Ese soy yo.

El chico se llevó el cuervo a la boca y hundió el rostro en su vientre. Las plumas crujieron. El cuervo movió su cabeza muerta arriba y abajo, como diciendo: *Eso es, entra, llega hasta el meollo del asunto.*

Cal habría jurado que el último salto lo había dejado demasiado exhausto para actuar, pero el horror impone sus propios mandatos y Cal pasó a la acción de todos modos. Arrancó el cuervo de las manos fangosas del chico, apenas consciente de los intestinos que se desplegaban desde la panza abierta. Sin embargo, sí se fijó en la pluma que se quedó adherida a un lado de la boca del chico. Eso lo vio con total nitidez, incluso en la penumbra.

—¡No puedes comerte eso! ¡Dios mío, chico! ¿Estás loco o qué?

—Loco no, solo hambriento. Y los cuervos no están mal. No pude comerme nada de Freddy. Le quería mucho, ¿sabes? Papá sí que se comió una parte, pero yo no. Claro que entonces aún no había tocado la roca. Cuando tocas la roca (o la abrazas, da igual), puedes ver. Sabes un montón de cosas más. Pero también te da más hambre. Y como dice Papá, «Pájaro que vuela, a la cazuela». Después de ir a la roca nos hemos separado, pero dice que podemos volver a encontrarnos siempre que queramos.

Cal se había quedado pillado con lo de antes.

—¿Freddy?

—Era nuestro golden retriever. No veas lo bien que atrapaba el platillo volador, como los perros de la tele. Aquí dentro es más fácil encontrar las cosas cuando están muertas. El prado

no mueve por ahí las cosas muertas. —Sus ojos brillaron en la oscuridad y miró el cuervo destrozado que sostenía Cal—. Creo que la mayoría de los pájaros se mantienen alejados de la hierba. Creo que lo saben y se lo cuentan entre ellos. Pero algunos no hacen caso. Los *cuervos* son los que menos caso hacen, supongo, porque aquí dentro hay bastantes de ellos muertos. Si te das una vuelta, los encuentras.

Cal dijo:

—Tobin, ¿nos has atraído aquí a propósito? Dímelo. No me enfadaré. Apuesto a que te obligó tu padre.

—Cuando llegamos nosotros, oímos a alguien gritar. Una niña pequeña. Dijo que se había perdido. Por eso *entramos*. *Funciona* así. —Hizo una pausa—. Supongo que mi padre ha matado a tu hermana.

—¿Cómo sabes que es mi hermana?

—La roca —respondió el niño como si fuera evidente—. La roca te enseña a escuchar a la hierba, y la hierba alta lo sabe todo.

—Entonces debes de saber si está muerta o no.

—Podría averiguarlo —dijo Tobin—. No. Puedo hacer algo mejor: te lo puedo enseñar. ¿Quieres que vayamos a ver? ¿Quieres saber cómo está? Vamos, sígueme.

Sin esperar respuesta, el chico dio media vuelta y se internó en la hierba. Cal soltó el cuervo muerto y salió corriendo tras el niño para no perderlo de vista ni un segundo. Si se le escapaba, vagaría para siempre por aquel prado sin volver a verlo. «*No me enfadaré*», le había dicho a Tobin, pero en realidad ya *estaba* enfadado. *Muy* enfadado. No lo suficiente para matar a un niño, por supuesto (*probablemente* por supuesto), pero tampoco iba a permitir que el pequeño Judas se marchara como si nada.

Pero eso es precisamente lo que ocurrió porque por encima de la hierba se alzó la Luna, grande y naranja. *Parece embarazada*, pensó Cal, y, cuando bajó de nuevo la mirada, Tobin había desaparecido. Cal obligó a sus cansadas piernas a correr, apartando la hierba a manotazos y llenándose los pulmones de aire para llamar al niño. Hasta que no quedó más hierba que apartar. Había llegado a un claro, a un claro de verdad, no una zona de hierba aplastada. En el centro, una enorme roca negra sobresalía del suelo. Tenía el tamaño de una camioneta y estaba cubierta de tallas que representaban a diminutos hombres hechos de palitos que bailaban. Eran de color blanco y parecían flotar. Parecían *move*se.

Tobin, que estaba de pie junto a la roca, alargó un brazo y la tocó. Sintió un escalofrío, que a Cal no le pareció fruto del miedo sino del placer.

—Madre mía, qué bien sienta. Vamos, Cal, prueba tú —le animó.

Cal se acercó a la roca.



IX

Durante un rato se oyó la alarma de un coche. Luego cesó. El sonido entró en los oídos de Becky pero no encontró conexión con su cerebro. Se arrastró por el suelo. Lo hizo sin pensar. Cada vez que sufría un nuevo calambre, se quedaba quieta con la frente hundida en el barro y el culo levantado, como un fiel que adora a Alá. Cuando se le pasaba el calambre, se arrastraba un poco más. Tenía el pelo lleno de fango y pegado a la cara, y las piernas empapadas de lo que fuera que seguía saliendo de su cuerpo. Notaba cómo escapaba de ella, pero no le dedicó más atención que a la alarma del coche. Iba lamiendo agua de la hierba mientras se arrastraba, moviendo la cabeza de un lado a otro y dando lengüetadas de serpiente, *zup-zup*. Lo hacía sin pensar.

Salió la Luna, inmensa y anaranjada. Becky giró la cabeza para mirarla y, al hacerlo, notó el peor calambre de todos. Y este no se le pasaba. Rodó sobre sí misma hasta apoyar la espalda en el barro y se quitó los pantalones cortos y las bragas. Ambos estaban empapados de algo oscuro. Por fin llegó un pensamiento claro y coherente que cruzó su cerebro como un relámpago: *¡El bebé!*

Se quedó tumbada de espaldas en la hierba, con la ropa ensangrentada en los tobillos, las piernas abiertas y las manos en el vientre. Un fluido que de la misma consistencia que el moco se escurrió entre sus dedos. Entonces la invadió un retortijón paralizante, y con él salió de su cuerpo algo duro y redondo. Un cráneo. Su curvatura encajó en las manos de Becky con una perfección exquisita. Era Justine (si era chica) o Brady (si era chico). Había mentido a todos al decir que no había tomado una decisión; sabía desde el principio que iba a quedarse con el bebé.

Trató de aullar, pero no logró emitir más sonido que un *jaaahhh*. La Luna la contemplaba, como un ojo de dragón inyectado en sangre. Becky empujó con todas sus fuerzas, con la barriga dura como un tablón y hundiendo el culo en el terreno enfangado. Algo se desgarró. Algo se *deslizó*. Algo llegó a sus manos. De pronto, sintió un vacío allí abajo, un gran vacío, pero al menos tenía las manos llenas.

Alzó el bebé salido de su cuerpo a la roja luz de la Luna mientras pensaba: *No pasa nada. Hay mujeres que dan a luz en prados por todo el mundo.*

Era Justine.

—Hola, preciosa —susurró—. Pero qué pequeñita eres...

Y qué calladita.



X

De cerca, saltaba a la vista que la roca no era originaria de Kansas. Tenía la superficie negra y reluciente de la piedra volcánica. La luz de la Luna le confería una pátina iridiscente a sus superficies angulosas, provocando reflejos en tonos de jade y perla.

Los hombres y las mujeres de palitos bailaban cogidos de la mano, entre ondas de hierba. Cal no habría sabido decir si las imágenes estaban talladas en la piedra o pintadas.

Desde allí, a ocho pasos, daban la impresión de flotar unos milímetros por encima de la superficie de aquel enorme fragmento de-algo-que-probablemente-no-era-obsidiana.

A *seis* pasos, parecían encontrarse suspendidos apenas por *debajo* del material negro y reluciente: unos objetos esculpidos a partir de la luz, como hologramas. Era imposible mantener el enfoque. Era imposible apartar la mirada.

A cuatro pasos de distancia, Cal pudo *oír* la roca. Emitía un suave zumbido, como el filamento electrificado de una lámpara de tungsteno. Sin embargo, Cal no podía *sentirlo*: no era consciente de que el lado izquierdo de su cara empezaba a enrojecer como si el sol le quemara. No tenía la menor sensación de calor.

Aléjate de ella, pensó, pero curiosamente encontró difícil dar un simple paso atrás. Parecía que sus pies ya no se movían en esa dirección.

—Creía que ibas a llevarme con Becky.

—Te he dicho que íbamos a ver cómo está. Es lo que estamos haciendo. Le consultaremos a la piedra.

—Me trae sin cuidado tu maldita... Solo quiero a Becky.

—Si tocas la roca, ya no estarás perdido —dijo Tobin—. Nunca volverás a estar perdido. Te redimirás. ¿No es genial? —añadió y, con un gesto distraído, se quitó la pluma negra que todavía llevaba pegada en la comisura de los labios.

—No —replicó Cal—. No me lo parece. Prefiero seguir perdido. —Tal vez fuera solo producto de su imaginación, pero el zumbido parecía cada vez más intenso.

—Nadie prefiere seguir perdido —dijo el chico, amable—. Becky no quiere seguir perdida. Ha tenido un aborto. Si no la encuentras, lo más seguro es que muera.

—Mientes —dijo Cal sin ninguna convicción.

Tal vez avanzara medio paso. Del centro de la roca había empezado a emanar una luz suave y fascinante, por detrás de los muñecos flotantes... Como si la vibración de tungsteno procediera de debajo de la piedra, a medio metro más o menos, y alguien estuviera suministrándole más potencia poco a poco.

—No miento —dijo el chico—. Si te acercas, podrás verla tú mismo.

En el cuarzo ahumado del interior de la roca distinguió las facciones neblinosas de un rostro humano. Al principio pensó que estaba viendo su propio reflejo pero, aunque la imagen se le parecía, no era él. Era Becky, con los labios tensos en un rictus canino de dolor. Tenía un lado de la cara lleno de pegotes de mugre. Los tendones de su cuello estaban tensos.

—¿Beck? —dijo, como si su hermana pudiera oírlo.

No logró resistir la tentación de dar otro paso e inclinarse para ver mejor. Había levantado las manos al frente con las palmas por delante, en una especie de gesto de *no me acerco más*, pero no sintió las ampollas que empezaban a formarse a causa de lo que fuese que irradiaba aquella piedra.

No, demasiado cerca, pensó y, al hacer el ademán de retroceder, no lo consiguió. Al contrario, los talones le resbalaron como si estuviera sobre un montículo de tierra blanda que cedía bajo sus pies. Solo que el terreno era llano: si resbaló hacia delante fue porque la *piedra* lo había capturado con su propia gravedad y seguía tirando de él como un imán atrae las limaduras de hierro.

Al fondo de la inmensa y angulosa bola de cristal que era la gran piedra, Becky abrió los ojos

y pareció mirar a Cal, entre maravillada y temerosa.

El zumbido creció en su mente.

El viento se alzó al unísono. La hierba se meció de un lado a otro, en éxtasis.

En el último instante, Cal comprendió que se estaba quemando, que su piel se achicharraba en aquel clima antinatural que envolvía la roca. Supo que cuando tocara la piedra sería como apoyar las manos en una sartén caliente, y empezó a gritar...

... y paró, porque el sonido quedó atrapado en su garganta que, de pronto, se había oprimido.

La piedra no estaba caliente. Estaba fría. Tenía un frescor delicioso y Cal apoyó la cara en su superficie, como un peregrino agotado que por fin ha llegado a su destino y puede descansar.



XI

Cuando Becky levantó la cabeza no supo si el sol estaba saliendo o poniéndose, y le dolía la barriga como si se estuviera recuperando después de una semana de gastroenteritis. Se secó el sudor de la cara con el dorso de un brazo, se levantó y salió de la hierba en dirección al coche. Suspiró de alivio al comprobar que las llaves seguían en el contacto. Becky salió del aparcamiento y siguió carretera arriba, conduciendo sin prisa.

Al principio no sabía hacia dónde iba. Le costaba pensar con aquellas oleadas de dolor en el abdomen. A veces era una leve palpitación, las quejas de unos músculos que habían hecho un sobreesfuerzo; otras veces se intensificaba sin aviso para convertirse en un dolor agudo y, de algún modo acuoso que le atravesaba las entrañas y ardía en su entrepierna. Tenía el rostro caliente y febril, y ni siquiera conducir con las ventanillas bajadas lograba refrescarla.

Empezaba a anochecer de verdad y los últimos estertores del día le llevaron el olor de los céspedes recién cortados, de las barbacoas de los patios traseros, de las chicas preparándose para acudir a sus citas y de los niños jugando a béisbol bajo los focos. Becky recorrió las calles de Durham bajo el apagado brillo rojo del sol, que recordaba a un goterón de sangre en el horizonte. Dejó atrás el parque Stratham, donde había entrenado con su equipo de atletismo en el instituto. Dobló por el campo de béisbol. Un bate de aluminio tintineó. Los niños gritaron. Una silueta oscura corrió hacia la primera base con la cabeza agachada.

Becky condujo distraída, recitando para sí misma uno de sus epigramas sin ser muy consciente de estar haciéndolo. Canturreó en voz baja el más viejo que había encontrado mientras investigaba para su trabajo de literatura, un epigrama escrito mucho antes de que evolucionaran hacia otras rimas más picantes, aunque ya apuntaba maneras:

Una chica se escondió en la hierba alta —canturreó.

Y asaltaba a cualquier chico que pasara.

*Igual que las leonas devoran gacelas,
los hombres caían rendidos ante ella,
y no había ninguno que no degustara.*

Una chica, pensó casi por azar. *Su chica*. Entonces recordó lo que estaba haciendo. Había salido a buscar a su chica, a la que en teoría estaba haciendo de niñera y, ¡Oh, Dios, mío!, menuda mierda: la niña se había escapado de casa y Becky tenía que encontrarla antes de que volvieran sus padres, y estaba anocheciendo deprisa y ni siquiera recordaba cómo se llamaba la niñata esa.

Se esforzó por recordar cómo había podido ocurrir aquello. Durante un segundo, su memoria a corto plazo parecía un enorme blanco. Entonces cayó en la cuenta. La niña quería columpiarse en el patio trasero y Becky le había dicho: «*Vale, ve*» casi sin prestar atención. Estaba ocupada cruzando mensajes de texto con Travis McKean. Estaban discutiendo. Becky ni siquiera oyó cómo se cerraba la puerta con mosquitera que daba al patio.

y que le digo a mi madre, dijo Travis, *si no se ni si quiero seguir en la facultad no hablemos de formar una familia*. Y esta otra perla: *si nos casamos también tendre que decirle SI QUIERO a tu hermano? xq siempre esta sentado en tu cama leyendo revistas de skatbord, lo raro es que no estuviera mirando la noche que te deje preñada. Si quieres formar una familia hazlo con el*.

Becky había soltado un grito débil desde el fondo de su garganta y había arrojado el teléfono contra la pared, donde dejó una marca en el yeso. Confió en que los padres volvieran borrachos y no lo notaran. (¿Quiénes eran los padres, por cierto? ¿De quién era aquella casa?) Beck se había acercado al ventanal que daba al patio trasero, apartándose el pelo de la cara e intentando recobrar la compostura... y vio el columpio vacío mecido por un viento suave, y oyó el tenue rechinar de las cadenas. La puerta de la verja trasera que daba al camino estaba abierta.

Salió a la tarde que olía a jazmín y gritó. Gritó en el camino. Gritó en el patio. Gritó hasta

que le dolió el estómago. Se plantó en el centro de la carretera desierta y gritó: «¡Eh, niña, eh!» con las manos alrededor de la boca. Recorrió el bloque de viviendas y se metió en la hierba, donde estuvo lo que le parecieron días apartando sus altos tallos, buscando a la niña perdida, a su responsabilidad perdida. Cuando por fin salió, su coche estaba esperándola y arrancó. Y allí estaba, conduciendo sin rumbo, oteando las aceras mientras un pánico desesperado y animal se acumulaba en su interior. Había perdido a su niña. Su niña se había alejado de ella (niña caprichosa, responsabilidad perdida) y quién sabía lo que podía pasarle, lo que podía estar pasándole en aquel momento. La incertidumbre le provocaba dolor de estómago. Le provocaba mucho dolor de estómago.

Una bandada de pajaritos cruzó la oscuridad por encima de la calzada.

Becky tenía la garganta seca. ¡Mierda! Tenía tanta sed que casi no lo soportaba.

El dolor la acuchilló, entró y salió de ella como un amante.

Cuando volvió a pasar por delante del campo de béisbol, los jugadores ya se habían ido a casa. *Partido suspendido a causa de la oscuridad*, pensó, una frase que le erizó los pelos de los brazos, y fue entonces cuando oyó los gritos de una niña.

—¡BECKY! —llamó la cría—. ¡ES HORA DE CENAR! —Como si fuese Becky quien se había perdido—. ¡TIENES QUE VENIR A CASA A CENAR!

—PERO ¿QUÉ HACES, NIÑA? —replicó Becky a voz en grito, mientras aparcaba con dos ruedas sobre el bordillo—. ¡VEN AQUÍ! ¡VEN AQUÍ AHORA MISMO!

—¡TENDRÁS QUE COGEEERME! —gritó la niña en tono jocoso—. ¡SIGUE MI VOZ!

Los gritos parecían llegar desde el otro extremo del campo, donde la hierba estaba alta. ¿Allí no había mirado ya? ¿No había pisoteado aquella hierba para buscarla? ¿No se había perdido ella misma entre aquellos tallos?

—¡HABÍA UNA VEZ UN GRANJERO EN LA CAMPIÑA! —gritó la niña.

Becky empezó a cruzar el campo de béisbol. Dio un par de pasos y tuvo una sensación de desgarrar en el útero que le arrancó un grito.

—¡QUE SE COMIÓ UN SAQUITO DE SEMILLAS! —trinó la niña con la voz en *vibrato* por la risa descontrolada.

Becky se detuvo, exhaló el dolor y, cuando por fin empezó a remitir, avanzó un paso con cautela. El dolor volvió de inmediato, más intenso que antes. Tuvo la sensación de que algo se rebanaba en su interior, como si sus intestinos fueran una sábana tensa que empezaba a rasgarse por el centro.

—Y AUNQUE NO TE LO CREAS TE ASEGURO —vociferó la niña—, ¡QUE LE SALIERON MIL HIERBAS DEL CULO!

Becky sollozó de nuevo, dio un tercer paso vacilante, casi hasta la segunda base, con la hierba ya no muy lejos, y entonces otro latigazo de dolor la hizo caer de rodillas.

—¡Y LE BROTÓ MALEZA EN LA PILILA! —gritó la niña con la voz entrecortada por la risa.

Becky aferró el fofo y vacío odre de su estómago, cerró los ojos, bajó la cabeza, esperó a que se le pasara y, cuando empezó a notar una leve mejoría, abrió los ojos...



XII

Y allí estaba Cal, en la cenicienta luz del amanecer, observándola desde arriba. Tenía la mirada nítida y ansiosa.

—No intentes moverte —dijo—. Quédate quieta. Descansa. Estoy aquí.

Cal, descamisado, se arrodilló junto a ella. Su pecho huesudo se veía muy blanquecino en la deslustrada penumbra. Tenía el rostro muy quemado por el sol y le había salido una ampolla en la punta de la nariz, pero aparte de eso parecía estar bien y descansado. No, más que eso: parecía que le hervía la sangre en las venas.

—El bebé —intentó decir Becky, pero lo único que salió de su garganta fue un chasquido rasposo, el sonido de alguien intentando forzar una cerradura oxidada con ganzúas igual de oxidadas.

—¿Tienes sed? Seguro que sí. Toma. Coge esto. Póntelo en la boca. —Le metió entre los labios un extremo retorcido de su camiseta. La había empapado de agua y la había enrollado hasta formar una cuerda.

Becky sorbió desesperada, como una lactante hambrienta.

—No —dijo Cal—. No más, o te pondrás enferma. —Retiró la húmeda cuerda de algodón y dejó a Becky dando bocanadas como un pez en un balde.

—Bebé —susurró.

Cal le dedicó su mejor sonrisa de payaso, la que siempre la hacía reír.

—¿Verdad que es un *encanto*? La tengo yo. Es perfecta. ¡Recién salida del horno y justo en su punto!

Se inclinó hacia un lado y levantó un fardo envuelto en la camiseta de otra persona. Becky vio la punta azulada de una naricita asomando de la mortaja. No, no era una mortaja. Las mortajas eran para los cadáveres. Era un arrullo. Becky había dado a luz en aquel lugar, entre la hierba alta, y ni siquiera había tenido que refugiarse en un pesebre.

Cal, como de costumbre, habló como si tuviera línea directa con los pensamientos privados de ella.

—Ahí está mi pequeña Virgen María. ¡Espero que los Reyes Magos no tarden en aparecer! ¡Me pregunto qué regalos nos traerán!

Por detrás de Cal apareció un chico pecoso con la piel quemada y los ojos un poco separados. También iba descamisado. La camiseta que envolvía al bebé debía de ser de él. El chico se inclinó, con las manos en las rodillas, para contemplar a la hija de Becky.

—¿Verdad que es maravillosa? —preguntó Cal, enseñándosela.

—Deliciosa —dijo el niño.

Becky cerró los ojos.



XIII

Conducía bajo el crepúsculo, con la ventanilla bajada y el viento apartándole el pelo de la cara. A ambos lados de la carretera crecía la hierba alta, que se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. La recorrería al volante durante el resto de su vida.

—Una vez una chica se escondió en la hierba alta —canturreó entre dientes—, y asaltaba a cualquier chico que pasara.

La hierba susurraba al mecerse y arañaba el cielo.



XIV

Becky abrió los ojos durante unos instantes, más avanzada la mañana.

Cal tenía en la mano una pierna de muñeca, llena de barro. La miraba con una fascinación alegre y estúpida mientras la mordisqueaba. La pierna tenía un acabado muy realista, era rolliza y rechoncha, pero un poco demasiado pequeña, y le fallaba el color azul claro, casi el mismo de la leche congelada. *Cal, el plástico no se come*, pensó en decirle, pero suponía demasiado esfuerzo.

El niño pequeño estaba sentado detrás de él, de perfil, lamiéndose algo de las palmas de las manos. Parecía gelatina de fresa.

Un olor penetrante inundaba el aire, el hedor de una conserva de pescado recién abierta. Las tripas de Becky rugieron en respuesta. Pero estaba demasiado débil para incorporarse, demasiado débil para hablar y, cuando dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos, demasiado débil para seguir consciente.



XV

Esta vez no hubo sueños.



XVI

En algún lugar, un perro ladró: *bup-bup*. Se oyeron martillazos, un fuerte golpe tras otro llamando a Becky de vuelta a la conciencia.

Tenía los labios secos y agrietados, y volvía a estar sedienta. Sedienta y hambrienta. Se sentía como si le hubieran dado unas cuantas docenas de patadas en el estómago.

—Cal —susurró—. Cal.

—Tienes que comer algo —dijo él, y le puso una tira de algo frío y salado en la boca. Tenía los dedos llenos de sangre.

Si Becky no hubiera estado tan fuera de sí, quizá le habrían dado arcadas. Pero aquel bocado sabía bien, salado pero con un punto dulce, y tenía la textura grasa de una sardina. Incluso olía un poco a sardina. Lo sorbió con el mismo afán con que había sorbido la camiseta mojada de Cal.

Cal dio un hipido mientras ella chupaba aquella tira de lo que parecía un espagueti, se la metía en la boca y la tragaba. Le dejó un regusto agrio, pero hasta eso le resultó agradable. Era el equivalente gastronómico al sabor que quedaba después de tomarse un margarita y lamer un poco de sal del borde de la copa. El hipido de Cal sonó casi como un sollozo risueño.

—Dale otro trozo —dijo el niño, inclinándose por encima del hombro de Cal.

Cal le dio otro trozo.

—Ñam, ñam. Adentro, nena.

Becky tragó y cerró los ojos de nuevo.



XVII

Cuando volvió a descubrirse despierta, Cal se la había echado al hombro y se estaban desplazando. Becky daba cabezazos y se le contraía el estómago con cada paso.

Susurró:

—¿Hemos comido?

—Sí.

—¿*Qué* hemos comido?

—Una cosa deliciosa.

—*Cal, ¿qué hemos comido?*

En vez de responder, Cal apartó unos tallos de hierba salpicados de gotitas marrones y salió a un claro. En el centro de la zona sin hierba había una roca negra enorme. De pie a su lado distinguió una silueta infantil.

Ahí estás —pensó—. *Te he buscado por todas partes.*

Solo que no había sido una roca. Las *rocas* no se pueden perseguir. Había sido una *niña*.

Una niña. *Mi* niña. *Mi* responsabi...

—¿*QUÉ HEMOS COMIDO?* —Empezó a aporrear a su hermano, pero no tenía fuerza en los puños—. *¡DIOS MÍO! ¡OH, DIOS MÍO!*

Cal la sentó en el suelo y la miró, sorprendido al principio y curioso después.

—¿Qué crees que hemos comido? —Miró al chico, que sonreía y movía la cabeza de un lado a otro, como se hace cuando alguien acaba de cometer una hilarante metedura de pata—. Beck... cariño... solo hemos comido un poco de *hierba*. Hierba, semillas y cosas así. Las vacas lo hacen a todas horas.

—Había una vez un granjero en la campiña —cantó el niño, y se tapó la boca con las manos para contener la risa. Tenía los dedos rojos.

—No te creo —dijo Becky con un hilo de voz. Estaba mirando la roca. Tenía tallas de figuras que bailaban por todas partes. Y sí, a la luz de aquel amanecer temprano *parecían* bailar de verdad, parecían moverse en espirales ascendentes como la hélice de una broca.

—En serio, Beck. El bebé está... está *genial*. A salvo. Toca la roca y lo verás. Lo entenderás. Toca la roca y te...

Miró al chico.

—*¡Te redimirás!* —gritó Tobin, y se rieron juntos.

Tal para cual, rien igual, pensó Becky.

Caminó hacia la roca... extendió un brazo... y se echó hacia atrás. Lo que había comido no sabía a hierba. Sabía a sardinas. Sabía como el último trago dulce, salado y amargo de un margarita. Y como...

Como yo. Como lamer el sudor de mi propia axila. O... o...

Estalló en gritos. Trató de dar media vuelta, pero Cal la tenía agarrada por un brazo y Tobin por el otro. Al menos podría haberse librado del niño, pero Becky seguía muy débil. Y además estaba la roca. La roca también tiraba de ella.

—Tócala —susurró Cal—. Dejarás de estar triste. Verás que el bebé está bien. La pequeña Justine. Está mejor que bien. Está *elemental*. Becky, *fluye*.

—Sí —dijo Tobin—. Toca la roca. Ya verás. Dejarás de estar perdida aquí fuera. Entenderás a la hierba. Formarás *parte* de ella. Del mismo modo en que Justine forma parte de ella.

La escoltaron hasta la roca, que emitía un zumbido ajetreado. Feliz. Del interior de la piedra emanaba el resplandor más bello que pudiera imaginarse. Fuera, los diminutos hombres y mujeres de palitos bailaban levantando sus brazos de palito al cielo. Había música. Becky pensó: *Toda carne es hierba*.

Becky DeMuth abrazó la roca.



XVIII

Eran siete, en una vieja caravana que se mantenía de una pieza a base de saliva, alambre para el heno y, tal vez, la resina de toda la marihuana que se habían fumado en su corroído interior. En un lateral de la caravana, perdida entre un batiburrillo psicodélico de color rojo y naranja, había pintada la palabra FURTHUR^[1] en honor al autobús escolar International Harvester de 1939 con el que los Alegres Bromistas de Ken Kesey habían viajado a Woodstock el verano del 69. Por aquel entonces, solo habían nacido dos miembros de aquel grupo de hippies modernos.

Aquellos Alegres Bromistas del siglo XXI habían visitado Cawker City para rendir homenaje al ovillo de cuerda más grande del mundo. Desde la salida del pueblo se habían dedicado a fumar una cantidad sobrehumana de marihuana y estaban hambrientos.

Fue Twista, el más joven, quien vio La Roca Negra del Redentor, con su imponente campanario blanco y un aparcamiento que no podía estar mejor situado.

—¡Picnic en la iglesia! —gritó desde su asiento al lado de Pa Cool, que conducía. Dio saltitos emocionados que hicieron tintinear las hebillas de su mono vaquero—. ¡Picnic en la iglesia! ¡Picnic en la iglesia!

Los demás se unieron a la consigna. Pa miró a Ma por el retrovisor. Cuando ella se encogió de hombros y asintió, Pa metió la FURTHUR, la caravana del Más Allá, en el aparcamiento y la estacionó junto a un Mazda polvoriento con matrícula de New Hampshire.

Los hippies (todos con camisetas del ovillo de cuerda y todos oliendo a superbud,) descendieron en tropel. Pa y Ma, por ser los mayores, eran capitán y primer oficial de la nave FURTHUR. Los otros cinco —MaryKat, Jeepster, Eleanor Rigby, Frankie el Mago y Twista— obedecieron sus órdenes de mil amores y sacaron la barbacoa, la nevera con la carne y, cómo no, la cerveza. Jeepster y el Mago estaban preparando la parrilla cuando oyeron el primer grito a lo lejos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

—Parece una mujer —dijo Eleanor.

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor! ¡Me he perdido!

—Esto no ha sido una mujer —dijo Twista—. Ha sido un niño pequeño.

—Está lejos —aportó MaryKat. Llevaba un colocón cataclísmico y no se le ocurrió nada más que decir.

Pa miró a Ma. Ma miró a Pa. Los dos rozaban los sesenta y llevaban mucho tiempo juntos, el suficiente para desarrollar telepatía de pareja.

—Un chico se ha metido en la hierba —dijo Ma Cool.

—La madre ha oído que gritaba y ha ido tras él —dijo Pa Cool.

—A lo mejor es bajita y no alcanza a ver por encima de la hierba —dijo Ma—. Y ahora...

—... se han perdido los dos —terminó Pa.

—Uf, qué putada —dijo Jeepster—. Yo me perdí una vez. Fue en un centro comercial.

—Está lejos —dijo MaryKat.

—¡Socorro! ¿Hay alguien? —Esa era la mujer.

—Vamos a sacarlos de ahí —dijo Pa—. Les sacaremos de ahí y les daremos comida.

—Buena idea —dijo el Mago—. Bondad humana, tío. Jodida bondad humana.

Hacía años que Ma Cool no llevaba reloj, pero se le daba bien saber la hora por el sol. Lo miró con los ojos entrecerrados, midiendo la distancia entre la bola que ya enrojecía y el prado de hierba, que daba la sensación de extenderse hasta el horizonte. *Seguro que Kansas era así antes de que viniera la gente a fastidiarlo todo*, se dijo.

—Sí que es buena idea —dijo—. Ya son casi las cinco y media, así que traerán un hambre que no veas. ¿Quién se queda a preparar la barbacoa?

No hubo voluntarios. Todos tenían una guasa tremenda, pero ninguno quería perderse la

misión de rescate. Al final, todos desfilaron hacia el otro lado de la Ruta 73 y se adentraron en la hierba alta.

MÁS ALLÁ.





STEPHEN KING. Es autor de más de cincuenta libros, todos grandes éxitos internacionales. Entre sus más recientes se encuentran *11/22/63* —que en el año 2011 fue nombrada uno de los diez mejores libros del año por *The New York Times Book Review* y mejor libro del año por la International Thriller Writers Association— *La cúpula*, la colección de la *Torre Oscura*, *Cell*, *Buick 8*, *Todo es eventual*, *Corazones en la Atlántida*, *La chica que amaba a Tom Gordon*, y *Saco de huesos*. Su aclamado libro semibiográfico, *Mientras escribo*, también ha sido un gran éxito internacional. En 2003 recibió la medalla del National Book Award Foundation for Distinguished Contribution to American Letters. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.



JOE HILL. Es el autor de dos novelas de gran éxito, *Cuernos* y *El traje del muerto* y de la premiada colección de relatos *20th Century Ghosts*. También ha sido galardonado con el premio Eisner por su serie de libros de historietas *Locke & Key*. Es muy activo en twitter con el nombre @joe_hill.

Notas

^[1] Deformación de *further*, en inglés «más lejos», «más allá». (N. del Tr.)<<